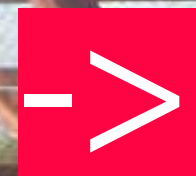


ÁRBOL INVERTIDO

2013 / No. 59 / sept.-dic.



Árbol Invertido

«Revista Literaria de Tierra Adentro»

II Época / No. 59 / 2013 / Septiembre-Diciembre.

Ciego de Ávila, Cuba

Fundada el 15 de febrero de 2005

Proyecto independiente

(I Época: Mensual, 2005-2009, números 1-56)

Ilustraciones: fotos de Francis Sánchez

Diseño y multimedia: Santiago Bermúdez

Director y realizador: Francis Sánchez

Dirección:

Calle Martí, 352, e/ Estrada y Chicho Torres,

Ciego de Ávila, Cuba, cp. 65200

arbolinvertido@gmail.com

*La verdad, como la belleza, no se crea ni se pierde
y la poesía reside en las cosas o es simplemente un espejismo del espíritu.*

NICANOR PARRA

«Sí, la alarma que crea la belleza, ya que la belleza es una forma de alarma
o de inquietud, en todo caso».

JORGE LUIS BORGES



Selva cubana • Francisco Javier Pichardo /**4**

El espino • María Luisa Milanés /**6**

Tres veces, al alba, cantó el gallo... • Ileana Álvarez /**9**

Auténtico «indio» todavía pinta en el fondo de Cuba • Francis Sánchez /**11**

Museo del Sacrificio (fotos) /**14**

Cuentos de Fernando Sánchez /**20**

CÁMARA DE LAS BALANZAS

Meter «el pie» entre poesía y naturaleza • Francis Sánchez /**26**

PALMA NEGRA

Nuestro odio a las flores y a los árboles • Emilio Roig de Leuchsenring /**32**

DÍA~LOGOS

Orientaciones de Oriente • José Muñiz Vergara /**37**

José Muñiz Vergara, el Capitán Nemo • Isabel Hernández /**40**

RAÍZ AL CIELO

Teresita, capullito en flor... • Ileana Álvarez /**44**

Lo feo • Teresita Fernández /**46**

JARDINES INVISIBLES

Poesía lírica y cantos a la naturaleza / Poesía humorística y crónica social • Pablo Díaz /**48**



SELVA CUBANA

FRANCISCO JAVIER PICHARDO

(Puerto Príncipe, Camagüey, 1873 - La Habana, 1941).

Viajó a México en 1896, donde permaneció por un año, y al regreso se incorporó junto con dos de sus hermanos a la insurrección contra el dominio español. Al finalizar la contienda recibió su licenciamiento en 1899, luego se dedicó a trabajar en las oficinas de un central azucarero en su provincia natal. Entre 1891 y 1898 publicó diversas narraciones en publicaciones periódicas, colaboró en *Letras*, *La Discusión*, *Fraternidad*, *Azul y Rojo*, *Bohemia*, *El Fígaro*. Publicó *Voces nómadas* (Imp. La Universal, La Habana, 1908). Su labor pública en la Administración de Hacienda lo apartó de la literatura.

I

Un cálido perfume bajo la agreste fronda,
envuelto de la tierra fecunda en la humedad
se alza y, vaporoso como un suspiro, ronda
en torno del misterio de aquella soledad.

Ni un pájaro que trine, ni un eco que responda
de los vibrantes troncos a la sonoridad;
y sólo el viento, a veces, en su cansada onda
arrastra algún crujido hacia la inmensidad.

De las añosas copas, las gigantescas hebras
de los jagüeyes penden. Las tímidas culebras
semejan, enroscadas, inmóviles raíces.

Del sol un rayo cruza, temblando, el verde tul
y, en una rama seca, metálicos matices
irisa en el plumaje de una torcaza azul.

II

Sobre la gris alfombra de hojas y sarmientos
acecha cauteloso sus presas el reptil,
y de su cuerpo frío los blandos movimientos
dan a las hojas secas cierto temblor senil.

Pasan los perros jíbaros, cansados y sedientos,
mostrando sus agudos colmillos de marfil,
y con sus fauces rojas aspiran en los vientos
de los corrales próximos la emanación sutil.

Burlando las astucias de la traidora caza,
un tímido lagarto para escapar se abraza
a los oscuros troncos e imita sus colores

cambiando los matices de su escamosa piel.
Y, en torno, las abejas en las silvestres flores
buscan aromas vírgenes para cuajar su miel.

III

Un árbol, desprendido del suelo, ha descubierto
las pálidas raíces que arruina el comején;
y en la espesura, echado sobre el follaje abierto,
los árboles vecinos le sirven de sostén.

Un charco de aguas verdes, al pie del árbol muerto,
arrastra en sus efluvios la nube de jején;
y un búho asustadizo, por el temor despierto,
abre a la luz sus ojos redondos, que no ven.

La selva en aquel punto su lobreguez despeja;
la fronda allí es más verde, la tierra más bermeja.
Y dentro de las aguas, por la centella herido,

carbonizado casi, un tronco de jiquí,
de musgos coronado, mohoso y carcomido,
parece que es la rústica efigie de un cemí.

EL ESPINO

MARÍA LUISA MILANÉS

(Jiguaní, Oriente, 1893 - Bayamo, Oriente, 1919). Comenzó a escribir desde muy joven. Egresada del Sagrado Corazón, regresó a Bayamo y contrajo matrimonio. Realizó notables traducciones de poetas ingleses y franceses. Destruyó casi toda su obra y dejó sin terminar la *Autobiografía*. Puso fin a su vida con un trágico suicidio. Su obra fue publicada por la revista *Orto* (Manzanillo, Oriente, 9 (15), may. 31, 1920). Utilizó el seudónimo *Liana de Lux*. Su obra dispersa y en parte inédita, ha sido recopilada en *Cuando ya la muerte deja de ser silencio* (2012), resultado de la investigación de Alberto Rocasolano.

Volví a ver el espino. No está florecido, no está seco, pero no está igual. Lo mismo que nosotros los viajeros del Camino del Tiempo; no hemos desaparecido, seguimos adelante, mas no somos los mismos. El espino está allí. Su corteza, rugosa, aumenta de espesor; la bravía zarza que le sirve de copa es más amplia; pero sus ramas siguen con la misma forma, y aquella inclinación burlesca con que parecía saludarnos al pasar existe aún. ¿Y nosotros?... ¿Cambiamos?... Algunas dudas más dentro de las almas, ciertos dolores más dentro de los pechos, pero en el fondo, igual. Nuestras cabezas ya blanquean a trechos; nuestros ojos tienen ese no sé qué blanco-azuloso, esa tela impalpable de los que lloran mucho, nuestras manos no se tienden con tanta frecuencia, pero nuestra sonrisa cáustica, burlona, sabia, reminiscente, equivale a la inclinación burlesca, eterna, con que el espino saluda a los que pasan...

¿De qué nace mi afecto hacia el espino?... No es porque esté solo y se destaque en el paisaje, ni porque sea bello ni raro. Solos, del portón a la casa, hay una palma, una güira, un ateje, un jobo, un laurel de Indias, un álamo... Pero está tan ligado a nuestros recuerdos el espino que forma parte de nosotros mismos. La primera vez que fuimos allá, frente a él paró Andrés el carruaje para que viéramos de lejos el efecto del bosquecillo de eucaliptus. Encantada ante la perspectiva del Corot delicado que panoramiza la casa, mis manos se ensangrentaron al apartar las ramas que obstruccionaban mi vista. Entonces, por primera vez, me fijé en el espino. Después... ¿qué sé yo?... Siempre nos deteníamos a su lado para que Bella tomara alientos, cuando en el quitrín paseábamos a campo traviesa. Fue bajo el espino donde nos sentamos tristes, pálidos, callados, el día aquel que recibimos la carta de tu hermano en que le pedía al cielo reunirse con su madre y no padecer más. Bajo el espino, donde había ido a esperarte, me diste la noticia de la guerra. Y fue bajo el espino donde encontré la flor

aquella de mechoacán que te gustara tanto, y que aún guardo en aquel libro. Leíamos en común las leyendas del cuaderno azul, y un día, viendo la ansiedad con que miraba las guirnaldas de San Antonio, te bajaste de un salto y me tendiste, desde la sombra del espino, un manojito lila, tierno, oloroso, suave, murmurando la frase de Corazón de León, que comentábamos: «No es digno de mirarlos, el que no fue capaz de conquistarlos». Bajo el espino un día me escondiste el paquete de magazines que esperaba, para verme el gozo de encontrarlos cuando viniera a despedirte. Cuando la *Historia de Cuba* de Robreño, jocosa, chusca, que no se cae de las manos, era nuestro libro del día, no olvido el «No arrempujen, caballeros» que salió de tus labios cuando yendo al mismo tiempo a cortar las ramas amarillas, fuertes y hermosas del espino para la jarra de mi mesa, tropezamos el uno contra el otro...

Por eso cuando supe que íbamos me obsesionó el recuerdo del espino. Al llegar al portón, los bambúes, majestuosos, solemnes, cantaban como siempre sus endechas de amor a la laguna. Las aguas, rizadas, retrataban las nubes. Y el camino, verdinegro, ondulado, serpenteaba hacia adelante con el misterio del deseo y del temor. La palma, con su lenguaje raro, nos saludó al pasar. La güira, con sus ramas serpientes de ensueño de Doré, cuando nos vio tan tristes, nos dijo quedamente: «Veréis, todo está igual». El ateje, cubierto de hojas esmeraldinas y encarnados cerezos, murmuró entre sus ramas: «Ya volvieron, ¡por fin!...». Hacia delante, al enfrentar el jobo, sus ramas nos dijeron: «¿Cuándo volverá él?...». Y el laurel de las Indias y el álamo parlero se unieron en un sollozo enorme, pleno de las saudades íntimas que en él expresa el alma de las cosas, mudas a los que, como dijo el Maestro, «tienen oídos para oír y oyen».

Sólo el espino ante mi vista, mudo, con su inclinación de cortesano grácil, su aspereza de campesino avisado y la tristeza de sus ramas sin flores,

no dijo nada... Fue la esfinge callada, sabia, recordatriz, que me trajo otros tiempos, y que con su ejemplo de sequedad aparente y ardiente savia interior contuvo mis lágrimas. Fue el reproche vivo a las cosas y al tiempo, el saludo tácito a los que aún no han vuelto, la añoranza amarguísima por los que aun cruzaron el Límite, la esperanza silente de un futuro que llega.

Acompasado, el ruido de las herraduras sonó en mis oídos con el son del recuerdo, del llanto, de la esperanza.

El campo, rico, pródigo, se halla cubierto de una vegetación bochornosa, pero hay algo único, hondo, intenso, en la porfía de esos árboles solos que se salen del marco del paisaje. Es como la poesía dolorosa de los Hombres que se salen del marco de los tiempos y las cosas «porque ponen la proa visionaria hacia una estrella y anticipan el perfeccionamiento de la realidad en visiones que son el gesto del espíritu hacia el Ideal...».

El bosque de eucaliptus, con el malaquita fino, borroso y melancólico de sus copas gigantes, es la nota de alivio al colorido violento del paisaje. La alameda de thuyas, compactas unas, abiertas otras, secas muchas, con el monótono exotismo, contrastan con los viejos ciruelos, los jocotes altivos, los nísperos añosos y los anones y papayos cargados de frutos hermosos y maduros.

Los cocoteros, embriagados en la alegría de la sorpresa, entonan la canción de retorno, mientras los naranjos, envueltos en el manto nupcial de azahares que les ciñó la Primavera, al ver que es incompleta la alegría, mueven con tristeza sus copas enormes sembrando el suelo de flores blancas, finas, perfumadas, que son un homenaje de amor y de recuerdo para el ausente triste que volverá algún día.

La casa, con su aspecto extraño y su inmenso tanque negro sobre las pilastras delanteras, respira tristeza. El mugido del ganado, escaso y tristón,

es un canto al pasado; los corrales, los corredores, la alameda, el mirador, todo está tapizado de recuerdos, impregnado de añoranzas. Junto a la puerta, Johnie, que no nos ladra nunca, espera quieto, cariñoso, con una interrogación muda y dolorosa retratada en el fondo de los ojos. Y partimos... partimos... que mucho fue el valor de ese retorno, por incompleto, doloroso y amargo.

Rápidos, fantásticos, desaparecen los árboles en la vuelta, mientras que en lontananza, inclinado hacia nosotros, nos espera el espino. Y yo recuerdo, ahogando mis sollozos, las noches de luna en que antes paseábamos a campo traviesa y veníamos a descansar bajo su copa divinizada en plata por el astro del Amor...

Yo tardaré en volver... es que no puedo, me basta recordar... Si me preguntan de esta vuelta, diré que he visto el espino... No está florecido, no está seco, pero no está igual. Lo mismo que nosotros los viajeros del camino del tiempo no hemos desaparecido, seguimos adelante, mas no somos los mismos. El espino está allí. Su corteza, rugosa, aumentó de espesor. La bravía zarza que le sirve de copa es más amplia, pero sus ramas siguen con la misma forma, y aquella inclinación burlesca con que parecía saludar a los que pasan, existe aún...

Y nosotros, ¿cambiamos?... Algunas dudas más dentro del alma. Ciertos dolores más dentro del pecho, pero en el fondo, igual.

Nuestras cabezas, ya blanquean a trechos, nuestros ojos tienen esa tela impalpable, ese no sé qué blanco azulado de los que lloran mucho, nuestras manos no se tienden con tanta frecuencia, pero nuestra sonrisa cáustica, burlona, sabia, reminiscente, equivale a la inclinación burlesca con que el espino saluda a los que pasan. ●



TRES VECES, AL ALBA, CANTÓ EL GALLO...

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio «Sed de Belleza», 2004), *Consagración de las trampas* (premio «Eliseo Diego», 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal, Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

A Remigio, pintor primitivo,
y a su Museo del Sacrificio.

I

Tres veces, al alba, cantó el gallo de Morón.

Las casas nuevas enlajadas y enrejadas para que no entre el hollín del Central Patria, desmantelado, no se reflejan en la frente cejijunta de la única calle de la ciudad.

Se tiene el espanto a las espaldas, hecho un nudo de alambre, vergüenza, conjetura que no da paso a la vida ni a la muerte sino a «uno no sé qué» situado al borde de toda razón.

Y es que ahí va Remigio, con su oreja cortada hecha un girasol en la solapa, ahí va tan solo, multitud, caballete zurcido. Vuela todo esquelético y jorobado, inmenso como los pies de Flora, sobre las cabezas perfumadas de las buenas costumbres.

Se posa en el poste negro del suburbio para iluminarse con un Cristo de hojalata, irradiante, que abofetea.



Caen preguntas como aceros, lluvia engomada
de pinturas semisecas que una mano torcida le tendió,
pinceles despeluzados, y diluyentes inservibles, óleos
que no se acomodan al nido donde se empollan las palabras herrumbre,
guijarro, zarza, alambre de púa, tizne, emplasto, fango..
Ah, carbón, brizna, pelusa, piedra, resina, limaduras, desperdicios,
palangana vieja sembrada de cauchos y violetas,
cerca sin brillo donde se enreda el horizonte.

Ojos de perro sato.

Imagen de bisonte antiguo, presto a espantarse
para enchumbar la noche al fondo de una cueva.

Mano que ha visto a Dios, la mano sucia y bella.

Quinqué donde bostezan el Pez y la Maja desnuda,
la casita de guano azul y el puente de lianas
sobre el agua del sueño que yo también soñé.

II

Tres veces, en el mes más cruel, cantaba el gallo.

«Me hielo, no como nada,
me hielo, no como nada».

Dame, piedrecita en el río, yerbazal enrojecido,
un rastro de hormiga en tu Museo del sacrificio,
allí junto a la Virgen de la Caridad de zinc y estopa.

Vuelve a entibiar un poco de café bien tinto
y mientras

derrite con el trazo más verde

la cal con que germinan nuestras cabezas de islas,
amasijo de bloques juntos, inamovibles,
¡tan suciamente iguales y tan feas
en su opaca blancura!

AUTÉNTICO «INDIO» TODAVÍA PINTA EN EL FONDO DE CUBA

FRANCIS SÁNCHEZ

(Ceballos, 1970). Perteneció a la UNEAC desde 1996 hasta su renuncia el 24 de enero de 2011. Fundador de la Unión Católica de Prensa de Cuba en 1996. Ha sido redactor fundador de la revista católica *Imago* (1996-2001) y Jefe de Redacción de *Videncia*. Autor, entre otros, de los libros *Revelaciones atado al mástil* (1996), *El ángel discierne ante la futura estatua de David* (2000), *Música de trasfondo* (2001), *Luces de la ausencia mía* (Premio «Miguel de Cervantes de Armilla», España, 2001), *Dulce María Loynaz: La agonía de un mito* (Premio de Ensayo «Juan Marinello», 2001), *Reserva federal* (cuentos, 2002), *Cadena perfecta* (cuentos, premio «Cirilo Villaverde», 2004), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (poesía, 2006), *Caja negra* (poesía, 2006), *Epitafios de nadie* (poesía, 2008), *Dualidad de la penumbra* (ensayo, 2009) y *Liturgia de lo real* (ensayo, premio «Fernandina de Jagua», 2011).

Nació en un kiosco abandonado, donde su madre hallaba refugio temporalmente, y desde entonces ha vivido pendiente de la textura de los elementos naturales, la trama o el drama que se palpa en los objetos rotos pero vivos, los que conservan calor humano. Es Raúl Remigio Hernández Recio (Morón, 1952), pero la mayoría de sus vecinos, en el callejón donde reside, en su ciudad natal, lo conocen sólo por su segundo nombre, y —de acuerdo con sus apariencias— no precisamente como a un artista formal.

Era un niño y ya, en vez de aprender a escribir, llenaba su cartilla de figuritas. Cuando afirma que el arte lo salvó para la vida, trata de recordar que, en el umbral de la adultez, estuvo a punto de verse confinado a un hospital psiquiátrico. Sin embargo, no alude a la salida de la pobreza ni a la entrada en un mundo con las proporciones seguras de la academia, porque ni lo uno ni lo otro se propuso desde que recibió sólo algunas nociones de pintura, fundamentalmente dibujo, allá por principios de los años 70. Lo poco que aprendió sería suficiente para quedarse a solas entre su imaginación y sus necesidades expresivas, y convertirse en un artista naíf, espontáneo, anclado en una relación más directa con la naturaleza suburbana que con el medio cultural de su país.

Hoy no pude decirse que habite una casa, se trata más bien de una telaraña de su propia imagería en una covacha mal apuntalada, donde se intensifican su sentido de lo íntimo y los colores vivos, los trazos gruesos, que intentan cubrir una capa dura de soledad y escaseces. Aquí se yuxtaponen pinturas, esculturas, instalaciones, símbolos y frases. Ha convertido cada tabla, cada piedra recogida del camino, cada pedacito de zinc o cartón —elementos unidos al parecer con hilos de aire— en obras y paisajes de su alma, arreglándoselas para resistir como la última especie de su propio mundo. Es una suerte de galería primitiva, residual y en crecimiento permanente hacia adentro.

Esta, su «casa», a la que identifica con el sugerente nombre de Museo del Sacrificio, por sus precariedades no parece preparada para soportar el embate de una discreta borrasca. Transeúntes despistados pudieran considerarla otra madriguera de un loco que sobrevive entre objetos en desuso y signos incoherentes. Las apariencias engañan. Esta vez se trata de un artista verdadero.

Verdadero, porque la vida quizás le ha dado la espalda a Remigio, muchas veces, y el éxito y el dinero le han sido esquivos, pero sobre todo él es quien ha mantenido suficiente vergüenza, densidad espiritual, voluntad creativa y fantasía para darle la espalda a fuerzas negadoras. En primer lugar, rechazó el pozo del pesimismo, en cuyas aguas amargas parece que nunca se haya mirado un hombre casi sin ropa, pero que siempre sonríe, y que jamás ni por asomo se acerca al alcoholismo.

En segundo lugar, le ha devuelto el desdén a quienes administran arbitrariamente poder y éxito. Su existencia no conoce esas migajas con que se rodean los oportunistas. Salta a la cara el hecho de que, donde vive, en la ciudad de Morón —cerca de Cayo Coco y su red de hoteles—, economía, arte y artistas medran mayoritariamente en el negocio de prestarle servicio barato a turistas que andan en busca de suvenires. Pero Remigio no. Y nunca ha dejado de crear, a pesar de carecer de recursos.

Remigio no tiene empleo fijo, ni cobra pensión. Casi ni recuerda la época en que trabajaba para la Empresa Provincial de Medios de Propaganda hasta que quedó excedente. Cocina con leña. Duerme en un catre destaralado, apenas posee con qué cubrirse del frío y algún par de zapatos donde meter sus pies para salir a la calle todos los días a ganarse la vida. Hace letreros, rótulos, y lo que le pida la gente, como sacar un retrato a una quinceañera o pintar algún paisaje bucólico. Por su carácter tan asequible, a la

postre sus obras ocupan anónimamente la mayoría de los espacios públicos donde se ha requerido decoración, lo mismo una clínica, una estación de bomberos o una iglesia.

No gana mucho, por supuesto, a veces se conforma si le permiten quedarse con las sobras de los materiales utilizados, un poquito de óleo o unos pinceles, sólo para volver a su «casa» y, una vez allí, poder pintar lo que prefijan sus complejas devociones, moviéndose entre la sensibilidad fácil y una imaginación volandera, a veces casi surrealista.

En su Museo... prima, al estilo del más tradicional primitivismo, el uso del dibujo y el retrato en función de una iconografía popular. Se vanagloria de captar con exactitud los rasgos de sus modelos. Hay figuras representativa de la religiosidad, entre elementos alusivos a la historia de Cuba, junto con los ídolos de su altar individual: la madre a la que cuidara hasta el último momento, una hija de la que no ha vuelto a saber desde que se casó y emigró a Estados Unidos hace muchos años, la esposa recientemente fallecida... En el marco de estas referencias existenciales, destacan sus apropiaciones de obras maestras del arte universal, como su *Maja desnuda* y su *Gioconda* o *Mona Lisa*, esta última en un trozo de zinc viejo. El poste por donde baja el cable de la electricidad, está disimulado detrás de una figura de Cristo en la cruz.

Remigio no pertenece a la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), a pesar de que los miembros de esta organización y quienes la dirigen, en su ciudad, son los primeros que reconocen su valor.

«Es tan espontáneo que no es capaz de organizar un currículo para lograr ser miembro de la UNEAC. De nosotros depende ayudarlo», ha afirmado Alfredo Abréu, presidente de la institución a nivel municipal. Que él constituye un «hecho artístico» de los más interesantes, asegura Noel

Buchillón —quien fuera una vez su primer y único profesor— y que teme no se preserve su Museo del Sacrificio después de su muerte. Mientras, Remigio, con expresión que parece provenir siempre desde un poco más allá de la realidad, dice que se ve a sí mismo «como un indio que pintaba en las cuevas».

Las anteriores declaraciones aparecen en el documental «Remigio, el Van Gogh de Morón y el Museo del Sacrificio» (2013), realización de Fernando Sánchez (Ciego de Ávila, 1958), sin duda el mayor reconocimiento recibido por el singular artista en su anónima y ardua vida. «Parece que diosito miró hacia abajo y se acordó de mí», dice en alusión al resultado visual logrado por el documentalista después que llegara sorpresivamente a su vivienda: un corto de 12 minutos de duración que hace posible que muchos a partir de ahora, incluso quienes creían conocerlo, lo descubran.

Nada pide, sólo ruega a Dios que le de fuerza para crear. Pero a la pregunta de si se siente atendido, alega: «No [...] porque inclusive Van Gogh pasó un trabajo tremendo y yo veo que tenía con qué pintar, con óleos, y pintó quinientos cuadros, y yo no tengo ni lienzo...»

El documental ilumina recovecos de su «casa» —lo que él llama el Museo del Sacrificio y constituye el rastro y el monumento de su vida interior—, sacando a la luz obras hasta ahora sumidas en la sombra, el polvo y el humo. Pero nada tan interesante como oírlo explicarse, mirándolo a los ojos, sin poses de pretensiones largamente aplazadas, con plenitud natural, desarrollando entre anécdotas su filosofía sobre la vida y el arte. Remigio articula y confunde los límites entre la realidad y sus representaciones visuales.

«Yo me quedo, en la pintura, con ese servicio que tengo —dice, mientras apunta al fondo del patio, hacia una letrina de tablas casi destruida— y

el platanal a la orilla, que no con uno de la shopping. Más claroscuros tiene este que aquel, porque tú sabes que aquel son paredes planas y no tiene claroscuros».

Termina emocionando el «personaje» de este relato fílmico, en la medida que convence a partir de su ingenuidad, pero también su probada autosuficiencia, porque sin duda sabe qué hace, quién es, qué quiere... Al verlo, resulta inevitable leerlo como una metáfora. Puede constituir otra metáfora del alma ideal del artista en medios hostiles, condenada a comitar con la basura, la locura y la marginalidad, valgan las redundancias. Puede ser otra «metáfora viva» de la resistencia o el sacrificio de los «pobres de la tierra», con los que Martí llamaba a echar la suerte y Cristo a entrar al cielo.

En un momento sutil del documental, dice «A mí la muerte no me convence». Se omite entonces un dato: la llegada de los Testigos de Jehová a su vida, devenidos últimamente en su única compañía segura, pero que junto con el consuelo y el apoyo también le han traído, lógicamente, nuevas dudas y angustias, empezando por la necesidad de encontrarle otro sitio a imágenes vistosas como las de la Virgen de la Caridad del Cobre, de las que siempre se ha rodeado y que, como se sabe, no agradan a los Testigos. Sobre estas turbulencias, se sostiene el alma pura con la idea de vivir, pero también incluso morir, no del arte, sino para el arte:

«Yo he hecho esta pregunta —le cuenta a la cámara, obviamente aludiendo a un contacto con algún evangelizador—: ¿en la nueva resurrección, ahí, yo podré seguir pintando, que yo vea los colores, vea el camino, la vereda, el trillo...? Y entonces me he sentido alegre, porque me han dicho que sí, que ahí voy a pintar incluso mejor de lo que pinto». ●

MUSEO DEL SACRIFICIO

casa-galería de Remigio (Pintor primitivo)

Fotos: FRANCIS SÁNCHEZ













CUENTOS

FERNANDO SÁNCHEZ

(Ceballos, 1958). Graduado de Periodismo (Universidad de La Habana, 1987). Se desempeñó como fotorreportero y periodista en diferentes instituciones. Dirigió en el periódico *Invasor* el departamento de corresponsales y colaboradores. En 1982 ingresó a *Radio Surco* como periodista y a partir de entonces se convirtió también en el corresponsal de *Radio Rebelde*, especialmente del popular programa «Haciendo radio». En *Radio Surco*, además de periodista, fue locutor, editor, escritor y director de programas. Reportó para la AIN (Agencia de Información Nacional). En estos momentos labora como cuentapropista en la rama de artesanía, continúa escribiendo, colabora con fotografías para algunas publicaciones y también ha acumulado experiencia como realizador de documentales y otros audiovisuales. Antologado en *Dieta balanceada y otros cuentos* (Ed. Ávila, 2012). Obtuvo uno de los tres premios del concurso nacional de cuentos «Casa tomada» de la UNEAC (2012). Su libro de narraciones para niños «Los grandes dan lástima» está en el plan de Ediciones Ávila para el año 2014.

HAMBRE

La dentadura postiza tenía hambre de carne. La fatalidad la había destinado a la boca de un vegetariano. Por eso, en las madrugadas mordisqueaba a hurtadillas el interior de los labios de su dueño y se deleitaba con la sangre dulce y cálida. Pero incluso de esa pequeña prebenda fue despojada cuando, en represalia, le condenaron a pernoctar dentro de un vaso plástico.

El recipiente quedaba junto a la cama, con agua. Y la dentadura, en el fondo, presa. Hasta que, con mucho esfuerzo, aprendió a nadar y, luego, a aboyarse en la superficie, donde se entretenía cazando insectos desprevenidos. Después, comenzó a entrenarse en escalamientos y saltos. Así, logró trepar una madrugada por el pedazo de pared libre hasta el borde de la vasija, tomar impulso y brincar hacia la cama.

Guiándose por el sentido del tacto —el único que tenía, a falta de nariz, ojos y oídos— se arrastró delicadamente sobre la barriga del durmiente y se coló debajo del pijama.

SABROSA FILOSOFÍA

Detuve el cuchillo en el aire y lo miré. Él mantuvo la vista y movió la cabeza para recalcar sus palabras. La vida es cruel, me había dicho.

—Claro —le contesté—, si voy a comerte.

—No, que va —el puerco sonrió—. No se trata de eso.

— ¿Ah, no?

—Claro que no. Eso es normal. En el mundo todos nos estamos comiendo constantemente. Se trata de otra cosa.



«Caramba —pensé—, parece que me encontré con un puerco filósofo. Esto promete ponerse interesante». Clavé el cuchillo en un costado de la mesa y arrimé un asiento para continuar la conversación.

—Explícate —le estimulé.

—Mira, Dios creó...

—Espérate, espérate —le interrumpí—. ¿También eres religioso?

—¿Qué hay de malo con eso?

—Nada, nada... Continúa, por favor.

—Como te decía, Dios creó a todas las criaturas y las lanzó al mundo para que vivieran juntas, e incluso se comieran unas a otras, si lo entendían correcto. Si algunas fronteras les puso fueron los límites de sus medios: el aire, el agua y la tierra. Y para eso son bastante grandes.

—Anjá —le respondí, con la cabeza apoyada en las manos.

—No es justo entonces —continuó el puerco— que yo viviera la vida de perros que viví y que muriera de la manera en que lo hice.

—Entonces, ¿qué querías? —me burlé—, ¿haber tenido casa con aire acondicionado e Internet y carro particular, o estatal asignado, que es mejor? ¿Y haber muerto de viejo en un asilo?

—No claro, que no —prosiguió mi interlocutor, sin inmutarse—. Me hubiera gustado vivir en el monte, comiendo lo que quisiera, y no preso y alimentado con desperdicios saturados de carbohidratos. Y de carne, ni un pedacito. No sé a quién diablos se le ocurrió que nosotros somos vegetarianos.

—Vaya que eres exigente —le dije—. Nunca habría podido imaginar que los puercos fueran tan sensibles. Mucho menos, que hablaran.

—Bueno, lo de hablar, no lo sé. En cuanto a la sensibilidad, claro que la tenemos, y también nuestro orgullo. Por eso habría preferido morir de una manera más digna y, luego, servir de alimento a una persona de verdad necesitada. No a un tipo gordo y rozagante como tú.

—¡Vaya, de verdad que eres un puerco sorprendente!

Me paré, aparté la silla y le palmeé el hombro.

—Bueno, mi estimado —continué—, he tenido mucho gusto en conocerte. Quizás en otras circunstancias hasta habríamos sido amigos... Pero —me dije— el mundo es cruel, como ya mencionaste, y también injusto. Así que veamos por fin a qué sabe un puerco hablador y filósofo.

LA PIERNA

No existe manual, ni siquiera en la inconmensurable Internet, que explique el modo de cortar una pierna humana en casa. Mucho menos si está viva y prendida al resto del cuerpo. Y si es el propio dueño el que debe troncharla, ni hablar.

Todo un problema. Acudir al hospital significaba delatarse: una persona herida por un cartuchazo de perdigones no es algo que se vea a menudo. No ir equivalía a la muerte por gangrena. Debía hallar, entonces, una solución intermedia. O sea, deshacerse del comprometedor apéndice por sus propios medios y hacer que pareciese casual.

Un dedo, un brazo, hasta una oreja, hubiera sido fácil. No una pierna. Nadie se la arranca en un accidente doméstico. Tiene que ser algo grande, como que le pase por encima una combinada cañera. O un choque automovilístico. O que le atropelle un tren. Lo último le pareció lo más factible. Después de todo, la línea pasaba justo por el fondo de la casa.

El reloj de pared de la cocina, con su cristal manchado por las moscas, le dijo que faltaba poco para el último tren de la noche. Se apresuró a preparar un coctel con todos los calmantes que encontró a mano, incluida media botella de ron. Lo tragó de un golpe y se fue cojeando hasta la vía férrea. Acomodó la pierna herida sobre un riel, exactamente por debajo de la rodilla, para preservar al menos esa articulación, y se quedó dormido. Más que eso: inconsciente.

El tren pasó con su habitual retraso y el conductor lanzó los frenos cuando vio el cuerpo. Los hierros chillaron y saltaron las chispas. El convoy se detuvo, pero después de que pasaran por encima de la extremidad la locomotora y los dos primeros vagones, cuyas ruedas realizaron una limpia operación quirúrgica. Horas más tarde, el paciente despertó en el hospital. Sin su pierna, curado y, sobre todo, feliz. Su plan había sido un éxito: junto con el miembro relleno de perdigones, se había librado de una cárcel larga y segura.

Así habría querido. Pero la realidad fue diferente. El tren pasó a su hora, porque los conductores estaban apurados para recibir el nuevo año en casa. Un maquinista sacó una botella de ron de un portafolio lleno de órdenes de vías y otros documentos, y le dijo a su compañero:

—Bueno socio, ya estamos terminando al viaje. Así que vamos a darnos el último buche del año.

Destapó la botella con los dientes y, antes de brindar, derramó el típico trago para los santos. Sólo en ese punto, el otro maquinista quitó la vista de las paralelas iluminadas por los potentes reflectores de la locomotora. No quería perderse la importante ofrenda, cuya duración fue la justa para no ver el cuerpo sobre la línea.



Un transeúnte madrugador fue quien lo encontró. Estaba en medio de un charco de sangre, con una congelada sonrisa y acompañado por varios perros. Los animales no sonreían, porque carecen de esa capacidad, estrictamente humana, sino que movían las colas intensamente. Pero el sacrificio no había sido en vano. La pierna delatora nunca apareció.

DIABLURA

Tras una ocupada semana reclutando almas en la tierra y friendo pecadores en el infierno, el Diablo sintió la necesidad de un poco de diversión. Se puso invisible para no delatarse con los tarros, el rabo puntiagudo y los ojos llameantes, y se fue a una pequeña iglesia que oficiaba sus acostumbrados bautismos dominicales.

Un perro callejero que estaba echado junto a la puerta sintió el tufillo del azufre y comenzó a ladrar. El tenebroso personaje lo dejó tieso y se trasladó hasta el fondo del salón, donde llenó la pila bautismal de peces saltarines. Después, apagó de un soplo las velas del altar y despeinó a los endomingados feligreses.

No conforme aún, le cambió al cura los textos de la Biblia por pasajes de novelitas rosa. Cuando había leído varios renglones, el representante de Dios cayó en cuenta del trueque y, aturdido, puso el libro bajo el brazo. Trató de improvisar y no pudo. ¿Cómo concentrarse, si el nuevo chiste del señor de las tinieblas era atiborrarle la mente con las imágenes y los pensamientos libidinosos más irresistibles?

Doblado por la risa, el Diablo vio cómo el pastor se olvidaba totalmente de su rebaño, para aflojarse el cuello blanco y desaparecer a toda prisa por un costado del altar, con la mano libre bajo la sotana.

TESTIGO PRESENCIAL

Las volteretas, el viento sobre la cara, la ingravidez de la caída libre. Esas sensaciones eran totalmente nuevas y placenteras para el niño. Pero duraron poco. Nada más que el tiempo de caer por el balcón y estrellarse varios pisos más abajo, sobre la rígida acera.

Instantes después, la mamá siguió la misma ruta. Si embargo, no lo disfrutó, sino que gritó, pataleó y trató de asirse al aire con uñas y dientes. Tal vez por eso desvió la trayectoria un par de metros y se incrustó sobre el asfalto de la calle, sin ningún techo de automóvil que aminorara el impacto, como suele ocurrir en las películas.

Los forenses recogieron los cadáveres, los bomberos limpiaron los residuos y la policía investigó. Esto último por pura rutina, porque todo apuntaba a un accidente-suicidio. Es decir, el niño cayó por descuido desde los brazos de la madre, y ella, en un irrefrenable ataque de culpabilidad, se lanzó al vacío detrás de él, para compartir la misma suerte.

Así lo confirmaron los detectives cuando conversaron con los vecinos. Les dijeron que ambas víctimas vivían solas y que el día de los hechos, como siempre, nadie les visitó, y a ella se le escuchó trajar mientras el niño lloraba largamente. Luego salieron al balcón, con el consabido desenfado.

Y los policías cerraron el caso. Erróneamente, porque no entrevistaron al principal testigo. De todas formas, no se les puede culpar. A nadie se le ocurriría interrogar a un cigarro medio quemado. De hacerlo, habrían sabido la verdad.

La mujer lo sacó en el balcón, donde el niño había proseguido inconsolable, incluso luego de suplicarle, mecerlo, brincar y hasta mostrarle los

pájaros en el cielo, y los carros y las personas, chiquiticos, en la calle. Entonces le prendió fuego y, sin darle siquiera una chupada, empezó a lanzar cosas por la baranda. En el siguiente orden: la cajetilla, la fosforera y... el hijo.

El testigo habría contado, también, que ella se recostó y le dio varias sorbidas, con toda calma. Luego, lo puso delicadamente sobre el borde de la baranda, con la candela hacia fuera, y se asomó, para comprobar la consumación del homicidio. No veía bien. Sacó parte del cuerpo. Un poco más. Otro tantico. Y perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Pero nadie reparó en la insignificante colilla. Y se fue a la basura llevándose el secreto. ●



CÁMARA DE BALANZAS



METER «EL PIE» ENTRE POESÍA Y NATURALEZA

FRANCIS SÁNCHEZ
(Ceballos, 1970)

Pablo Díaz (Finca las Lometas, Tamarindo, Florencia, 1926) es referencia constante en el mundo del «decimismo» en la zona central de Cuba, y en especial en Ciego de Ávila, donde repentistas y escritores de diversas generaciones suelen recordarlo con homenajes explícitos o el uso de intertextualidades que retoman algunas de sus imágenes originales. Descendiente de inmigrantes canarios, trabajador de la tierra en las veguerías de Tamarindo al norte de la provincia avileña, sin duda él mismo se ha convertido en un símbolo de la compleja tradición del cultivo de la llamada «estrofa nacional» de los cubanos.

Con más frecuencia se le identifica por uno de sus octosílabos felices, como el poeta que *«se echó al hombro la poesía»*. Este elogio es de otro poeta avileño, Gilfredo Boan Pina, y alude al poema «Remembranzas» en que Pablo había lamentado su infancia llena de privaciones: *«y como era mi destino/ andar descalzo y a pie,/ algunas veces pensé/ echarme al hombro el camino»*. Semejante imagen de voluntad desbordada o exceso existencial, se ha vuelto un tópico que puede seguirse a través de la obra de muchos autores, en páginas de libros y cantos de repentistas.

Dentro de dicha hipérbole resuena el mito del héroe araucano, Caupolicán, tal como lo describió Rubén Darío en un célebre soneto, probando fuerza para optar por liderar a su raza: *«robusto tronco de árbol al hombro de un campeón»*. Aunque aquí, en la metáfora del campesino-escritor, se intenta una nueva proeza, y es apenas la auto-definición del hombre idealista según su contexto natural, donde se siente la estatura a la vez angustiosa y satisfactoria de los caminos de la vida y *«la poesía»* cruzándose, incluso en su representación sublime como objeto de los deseos más profundos, para sustituir —es decir, quedando metafóricamente ligada esta figura— a un elemento lo

menos exótico, artificial o «modernista» posible, representativo de la naturaleza y la resistencia física: «*tronco de árbol*».

Pablo —el decimista y el agricultor— ha vivido como hombre de una sola pieza en el centro de la naturaleza, estimulado por los paisajes y trabajos de la vida rural, pero, lo que resulta más provechoso, también creciendo desde la matriz del folclor, gracias a que no solo posee el carisma y muchos de los dones favoritos de quienes hacen posible la cultura tradicional y oral, sino que se acerca cuidadosamente a los paradigmas de la literatura escrita, por la riqueza connotativa que hay en sus versos. Lleno de ingenuidad auténtica, su poesía quiere parecerse a la conversación campechana.

Viene de una zona pródiga en escritores. Por allí, entre las lomas feraces al norte de la región de La Trocha, nacieron también Raúl Luis, Amado del Pino, Volpino Rodríguez, Otilio Carvajal, Luis Enrique Martínez, entre otros. Por allí se asentaron Modesto San Gil (llamado «el último poeta canario» que vive en Cuba), Rigoberto Fernández Castillo... No debe ser casual. En esa región «de los bellos paisajes» se viene dando, desde el siglo XIX, una cultura popular galante que es propia de la economía de estancias, donde el placer por servir como anfitrión, y compartir las visitas de una poesía narrada y sonora, nunca se separó del gozo ante los ritmos seguros de la fertilidad de la tierra.

Desde ese, su territorio silvestre y bien marcado, Pablo trae al hombre el tercero de los libros de décimas que publica: *Tengo en la manigua un pie* (Ed. Ávila, 2013). Quizás no despunte como el mejor compendio en su bibliografía personal, cuando el autor ya es de avanzada edad, pero con este título viene a confirmar cuál camino ha llevado al hombre, cuál su destino, cual su naturaleza. *Buen tiempo para sembrar* (Ed. Ávila, 2004), su primer libro, salpicado de algún que otro soneto,

descuella por la amplitud de temas tratados en décimas cosechadas a lo largo de su vida. En *Tan serio como una tusa* (Ed. Ávila, 2009) ofreció concentradamente un don suyo esencial, la veta humorística.

Ahora se trata de una manigua de versos surgidos de forma muy espontánea, creados mentalmente, conservándolos en la memoria, desde donde una hija —cuando su vista ya no le permite escribir ni leer— los ha pasado al papel. Luego he tenido yo, por último, el privilegio de recibir el «manuscrito original» para hacer la selección y darle estructura propicia de acuerdo con normas o convenciones del mundo editorial, lo que originalmente no fue una camisa de fuerza para su inspiración.

Dividido aparece este conjunto en cuatro estancias que confunden límites o temas. Como parte del humor y las ocurrencias de la primera sección, «La ocasión imprevista», encontramos esta estampa sobre la supuesta brutalidad del inmigrante canario, un lugar común de la tradición oral —en realidad revela la condición laboriosa de estos inmigrantes dentro de la sociedad cubana, donde el «tipo vivo» resulta contradictoriamente aquel que no se ensucia las manos o que logra vivir sin trabajar—, poema que se vuelve chispeante burla de sí mismo, algo muy cubano, tratándose el autor de un típico «pichón de isleño»:

[...] dijo, al lado de un Jagüey,
rascándose el carapacho:
"Si el hijo me sale macho,
lo voy a dejar pa buey".



Temas de talante más sentimental se hallan en la sección «Las vueltas que da la vida». El discurso de interés filosófico no se aparta del testimonio concreto, las ideas se fundan en la experiencia, y algunas llegan a ser tan inevitables como el hecho fatal de quedar huérfano a temprana edad. Por encima del eco literario prima el parentesco existencial con la figura clásica del «niño yuntero» de Antonio Machado:

*Después que mi padre amado
se marchó por un postigo
me tuve que hacer amigo
de la yunta y del arado.*

Bajo el rótulo de «Claustro patriarcal» se incluyen, en la tercera sección, cantos de homenaje a guías que constituyen fundamentos de la identidad, como los propios poetas que conviven en la zona, el maestro rural y la Virgen de la Caridad del Cobre. Precisamente a la imagen de la Patrona de Cuba, Pablo la recibió en su pueblo natal con estos versos, cuando era llevada por toda la isla en evento de rescate de la religiosidad popular que había desaparecido forzosamente de la vida pública —sobre todo de los escenarios rurales— en la segunda mitad del siglo XX:

*Por tu mensaje de amor
vengo a bendecir tu paso,
pues nunca vi otro regazo
con más ternura y calor.
Te agradezco con honor
todo el bien que tú me ofertas,
porque al llegar a las puertas
para aliviar los dolores,
hay una fiesta de flores
con las corolas abiertas.*

Por último, la sección «El batey se retrata» es la de tono más costumbrista. El decimista, tradicional sustituto del fotógrafo y la imprenta en localidades donde la memoria oral aún es un factor de impulso histórico, intenta fijar mediante semblanzas rimadas aquellos perfiles y rasgos curiosos de su comunidad. Desfilan personas, personajes y cosas, haciéndose las distinciones que cada cual merece, pero al estilo más democrático de la poesía popular, es decir, sin discriminar entre la iglesia del pueblo, el barrendero, un médico o un caballo.

*Seguro y perseverante
sube al poste principal*

*y en posición vertical
parece mientras trabaja
un cosmonauta que baja
en una nave espacial.*
(«El Electricista»)

Encontramos incluso, entre retratos personales, esta «foto» panorámica de la región en el poema «Florenxia», paisaje donde la tranquilidad campestre apenas es surcada por esa mole de hierro que desde la visión interna —desde el punto de vista del hombre que se ha quedado unido a la tierra con la fijeza de un árbol— constituye símbolo de la violencia, pero también el atractivo del progreso urbano:

*Su suelo tabacalero
le brinda el mejor sostén
y desde lejos se ven
entre flores y palomas
los árboles de las lomas
diciéndole adiós a un tren.*
(«Florenxia»)

«Pie forzado» es el verso que alguien impone a un poeta improvisador, lastre del que este no debe soltarse y con cuyo «peso» tiene que probar ante los presentes hasta dónde, hasta qué alturas de originalidad y gracia espontánea puede volar su imaginación.

Desde el primero de sus libros publicados, sabemos que Pablo Díaz quiere poner pie seguro, en esta vida, como poeta, donde mismo lo ha mantenido siempre la lírica universal, especialmente a través de su más arriesgada avanzadilla: la poesía popular y tradicional. Un pie, el suyo, puesto a voluntad en lo más intrincado y silvestre del espíritu, donde se confunden naturaleza y arte en una relación absoluta, y tan fecunda, que impulsa a dudar siempre sobre los límites del lenguaje poético, para seguir echando abajo y corriendo las cercas, cambiar los linderos. ●

PAULINA ZENEGRA



NUESTRO ODIO A LAS FLORES Y A LOS ÁRBOLES

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

(La Habana, 23 de agosto de 1889 - La Habana, 8 de agosto, 1964). Historiador y patriota. Primer Historiador de la ciudad de La Habana.

Decíamos en el artículo anterior* que nosotros los cubanos estamos muy distantes de poder ofrecer ese bello espectáculo y ejemplo que presentan otros muchos países, de amor, culto y dedicación especial a las flores y a los árboles; que nosotros no solo dejamos de ocuparnos de unas y otros, sino que más bien los odiamos.

No amamos las flores. En La Habana solo se fomentan los grandes jardines con fines lucrativos para la venta y uso de las flores en duelos, adornos de iglesias, en ceremonias nupciales, o de salones, en banquetes o bailes. Y en este ramo de la floricultura artística somos acreedores a algunas de esas casas comerciales, como El Fénix, por ejemplo, de ofrecernos elocuentes enseñanzas artísticamente aplicadas de todo lo bello que puede hacerse con las flores, hábilmente cultivadas y artísticamente aplicadas en trabajos decorativos.

Pero, en las residencias particulares de El Vedado, de la Víbora o de los Repartos, se prefieren los parques ingleses a los jardines. Al frente y los costados de las casas, chalets y palacetes, el espacio de terreno destinado a jardín, solo tiene de tal alguno que otro cantero con unos pocos rosales.

Jardines públicos del Estado o el Municipio, solo existe el Jardín Botánico de la Universidad, que por el uso a que se destina, está precisamente cerrado al público.

Ese espectáculo maravilloso que se observa en las Ramblas de Barcelona, cubiertas de múltiples puestecitos de flores, no se da, ni mucho menos, en La Habana. Si por la mañana o al medio día queremos conseguir unas cuantas flores, es casi seguro que no las encontraremos, a no ser que vayamos a los grandes jardines comerciales. Solamente por la noche, en la Acera del Louvre, se ven cinco o seis hombres vendien-

do rosas en toscas canastas. ¡Hombres, vendiendo flores! Y las mujeres, ¿para qué se quedan? La florista, bella, alegre, pizpireta, que en otras ciudades existe, es entre nosotros desconocida.

Tenemos, en cambio, el espectáculo antiestético, grotesco y contraproducente de esos vendedores del género masculino, ya estacionados en la Acera o en los alrededores del Cementerio, ya recorriendo, sucios y mal olientes, nuestras calles ofreciendo burdos ramos de rosas confeccionados con cualquier clase de yerbas, como escoba amarga y otras por el estilo.

Las flores están menospreciadas. Y hasta las mujeres prefieren llevar en el talle o en el seno flores artificiales, y los hombres desdeñan o no se preocupan de su *bouttoniere*, tal vez considerándola «la condecoración de los tontos», ¡como si muchos necesitaran de ella para serlo!

Fuera de El Vedado y los nuevos Repartos, en que las casas están construidas con terreno disponible (aunque casi siempre de proporciones insignificantes) para jardines, en el resto de La Habana será muy raro encontrar una casa que tenga alguna maceta o tiesto con flores.

Nuestros parques... pero, ¿tenemos nosotros algún parque que merezca el nombre de tal?

¿El Prado? ¿El Parque Central? ¿El de Maceo? Esos, en realidad, no son parques; son plazas, pequeñas, mal adornadas, sin gusto ni arte alguno. El único parque, en el centro de La Habana, que merece ser citado, es el Campo de Marte, que ahora, con un desacierto enorme, piensa destinarse a parque infantil con lo cual se afearán los alrededores del Capitolio, pues los parques infantiles son, por necesidad, feos, y a ellos deben destinarse espacios grandes de terreno en barrios de po-

blación nutrida, y no en sitio tan céntrico como el del Campo de Marte, rodeado, además, de líneas de tranvías y edificios cercanos. El Parque Central, es una plaza pueblerina; el Prado o Paseo de Martí, una corta avenida y el Parque de Maceo... un desastre de mal gusto, que está perdiendo, a gritos, un buen ras de mar que arrase con todo lo que hay allí. Solamente en algunos Repartos existen pequeños bellos parques: el de Mendoza, en la Víbora; los de los repartos de Miramar, Almendares y Alturas de Almendares, y en El Vedado, el Parque Gonzalo de Quesada.

Pero, aún en esos parques, las flores brillan casi siempre, por su ausencia. Todo se reduce a yerbita a la inglesa, propio en otros climas, pero impropios para Cuba.

Nuestro sol ardiente, nuestro sofocante calor demandan árboles y árboles, a granel, y en todas partes: en calles, plazas, avenidas, jardines particulares. Pero árboles de verdad, y no esos árboles con facha de arbustos de salón que ahora nos gastamos. No sé a qué cerebro anquilosado se le ocurriría la idea peregrinamente absurda de convertir los árboles de La Habana y sus alrededores en arbustos. El árbol se utiliza en las ciudades para que dé sombra; por lo tanto no se cortan sus ramas por la parte de arriba, ni se le dan esas formas de arbolitos de nacimientos de juguete; sino que al contrario se deja que sus ramas crezcan y se extiendan. Aquí, una o dos veces al año se podan los árboles dejándolos en cueros o mejor dicho solo con el tronco. Con ello, se logra que jamás crezcan, y, por lo tanto, no den sombra. ¿Es eso lo que se persigue?

Algunas personas me han dicho, que se les poda así, para que no se sequen o enfermen, lo cual, de ser cierto, demuestra la ignorancia de los que en Cuba se ocupan oficial u oficiosamente de estas cosas. Lo

que esos árboles necesitan –y es lo que se hace con ellos en otras ciudades– es regarlos diaria y abundantemente, podándolos, sí, pero en sus ramas inferiores, con inteligencia y cuidado, para que progresen en tamaño y frondosidad.

Y en estos días, ese odio al árbol ha llegado a convertirse en guerra a muerte. Hoy, en El Vedado, en la Calzada de la Infanta, en Carlos III, y otros lugares, se están arrancando los árboles de esas calles y avenidas, o podándolos de tal manera que solo se les deja el tronco y dos o tres muñones. ¿Por qué y por quién se está haciendo esta salvajada?

¿Quién es el llamado oficialmente a evitarlo? ¿Es usted señor Secretario de Obras Públicas? ¿Quién sabe!... A lo mejor resulta que es el de Instrucción Pública o Justicia el que corre con estos asuntos. ¿No es el de Agricultura el que corre con la propiedad intelectual?

Aquí, en La Habana, cualquier particular se cree con derecho a hacer con los árboles de frente a su casa lo que le viene en ganas: arrancarlos, podarlos caprichosamente, o sembrar otros a su gusto, formándose, en este último caso, como ya sucede, un mosaico de numerosas especies de árboles en las calles: álamos, pinos, etc., etc.

Es necesario, o que se haga cumplir la ley, si es que existen ley o reglamento sobre el particular, que lo dudo, o que alguien –autoridad o corporación tome cartas en el asunto. O, si no, ¿quién desea constituir la Sociedad Protectora de Árboles y Flores?

¿Somos tan prácticos y prosaicos que no pensamos más que en las urgentes y materiales necesidades de la vida, sin poder preocuparnos de todas aquellas cosas, como los árboles y las flores, que la alegran, poetizan, ennoblecen y hacen más confortable?

Las flores y los árboles no solo indican poesía y belleza; demuestran también arte, gusto, educación, refinamiento, nobleza de alma, tranquilidad de espíritu, progreso y civilización. Una casa con su jardín cuidado y floreciente; una habitación con unas cuantas plantas en macetas, o flores en jarras o floreros, sobre alguna mesa, columna o ventana; una mesa adornada, a la hora de la comida, con flores, artísticamente combinadas; una ciudad o pueblo con jardines, parques, plazas y avenidas adornadas y protegidos del sol con plantas y árboles; una mujer en fin, ostentando, ya en su casa, en su habitación, ya en su cuerpo, rosas, crisantemos, orquídeas, jazmines, violetas, claveles... son todas evidentes demostraciones de gusto refinado, de hermosura y alegría.

¡Mujeres y flores!

Si para vivir necesita el hombre de la mujer, pues, como dijo el poeta:

*«Por ellas morir prefiere
antes que vivir sin ellas»*

a la mujer le son indispensables las flores; son su complemento y adorno más adecuado y bello.

Y en la comedia —¿dije comedia o sainete?— del amor, en la que según Anatole France, tan importante papel desempeñan los escenarios y decoraciones, las flores han ocupado siempre un lugar importantísimo. Ellas son el pretexto para una entrevista, el obsequio y la ofrenda más gratos que puede hacer el hombre a la mujer amada y deseada,



el primer lazo de unión que entre ellos se establece; y, antes que los labios se hayan estrechado en espasmo amoroso, maravillosa expresión de amor y de vida, ¿no son las flores las que transmiten y devuelven en sus matizadas corolas, misteriosas, poéticamente, con el pretexto y el disimulo de aspirar su perfume, los primeros besos y las primeras caricias.

Y después, en las horas propicias del amor, ya en los coquetones *bourdoirs*, presidiendo en la jarra o el florero, el *flirt*, peligroso y tentador, o el asalto franco y resuelto, con sus derrotas y sus victorias, de la pasión y del deseo; o, por último ya ganada la batalla, cuando oficiamos en los altares de Venus turbulenta, son las flores también las que nos recrean con sus colores y nos embriagan con su perfume.

No solo de pan vive el hombre. «Nadie como flores y flores de la tierra» —dice Benavente. Muy seco está el corazón que no da flores.

Amémoslas, así como a los árboles, porque simbolizan la tierra, el suelo de nuestra patria, porque son útiles y bellas, porque amarlas es señal de refinamiento y progreso.

Y que sean nuestras mujeres, nuestras deliciosas e incomparables mujeres, las que nos enseñen el amor, la veneración y el culto de los árboles y las flores, como parte del amor a la patria. ●

* Este artículo apareció en la revista *Carteles* (No. 16, 18 de abril de 1926). Es la segunda parte de otro similar. La primera parte fue publicada en el No. 15 correspondiente al 11 de abril de 1926 y su contenido es casi el mismo del texto «El culto de las flores», escrito por Roig de Leuchsenring para la revista *Social* (mayo, 1916).



ORIENTACIONES DE ORIENTE

JOSÉ MUÑIZ VERGARA

(Morón, Camagüey, 27 de octubre de 1875 - La Habana, 10 de septiembre de 1945). Periodista. Autodidacto. Fue muy conocido y admirado por su erudición e hizo célebre su seudónimo El Capitán Nemo. Amigo de Pablo de la Torriente Brau. Publicó el libro Campicursiones (La Habana, 1915). Fundó y fue director del periódico El Guamo (1934-1936).

La región oriental es la más progresista de Cuba. El misoneísmo o mala voluntad hacia lo nuevo útil ha sido eliminado en aquella noble y elevada región.

Mucho es lo que el resto de la República debe a Oriente. Lo he hecho notar en más de un trabajo periodístico y especialmente en uno bastante extenso publicado a principios de 1912 e intitulado «Algo sobre Oriente».

Cada país tiene un rasgo prominente y diferenciativo. Dentro del mismo país determinado existen rasgos especiales y distintivos, así en lo geográfico de las zonas como en la psicología de sus habitantes.

El austero e ilustre Pi y Margall en «Las Nacionalidades» hizo resaltar la profunda diferencia existente entre eúskaros y catalanes, andaluces y gallegos, etc. La observación es irrefutable.

Aquí, en Cuba, hay también diferencias apreciables entre la organigrafía psicológica y el quimismo especial de los naturales de regiones dadas.

Pinar del Río, región abrupta y quebrada produce tipos activos. La Habana elementos marcadamente urbanos. Matanzas, luchadores caracterizados, efecto de estar más explotada que otras provincias. La necesidad hace intensificar la lucha como la función crea el órgano en términos biológicos y biogenéticos. Villa Clara es la región de la gente sincera y franca por excelencia. Camagüey, tierra llana, con buenos puertos en los dos mares que bañan sus costas, con buenos medios de comunicación, es, sin disputa, la comarca más culta de Cuba. Allá hasta las más impreparadas y sencillas campesinas hablan correctamente y pronuncian de manera impecable un castellano purísimo. Allá no se dice «casne» por carne, ni «yelva» por hierba, ni «calbón» por carbón. Oriente, departamento bravío, montaraz, selvático y rudo, físicamente hablando, es cuna de la gente más enérgica de Cuba.

Su fuerza dinámica les hace aptos para luchar por el progreso y tenaces en el más alto y loable grado. ¿De Oriente viene la luz? No hay duda. El feminismo ha adelantado más en Oriente que en cualquier otra región cubana. Los buenos elementos franceses que de Haití vinieron a establecerse en Santiago de Cuba a principios del siglo XIX trajeron un gran aporte de progreso a la región oriental en particular y a la Isla de Cuba en general. La agricultura floreció entonces en grado más apreciado que hoy. En otros sectores del progreso humano se adelantó muchísimo también. Muchas familias francesas radicadas en Oriente siguieron en contacto con sus familiares de Europa. Aún hoy se visitan y tratan mucho. La vecindad de algunas colonias británicas ha permitido, además, implantar métodos y costumbres novísimas en la sociedad oriental. Hay allá más caballeros temperantes que bebedores de vinos del Riveiro y más legítimo odio a las corridas de toros que en otras comarcas de Cuba en las que la cubanización es demasiado lenta y la consagración a los garbanzos, como plato nacional, único e inmodificable, demasiado grande.

No es la mujer oriental una impreparada e incapacitada para luchar por la vida como las que tiemblan por no saber escribir bien una carta, ni extender un cheque, ni actuar en un Banco, ni situar sus fondos ni administrar sus bienes. No. Allá no se asustan fácilmente. Conozco damas orientales con más valor personal que determinados hombres de tierras bajas donde el paludismo debilita el cuerpo y da pusilanimidad del alma.

Allá hay religiosidad y austeridad; pero no hipocresía y farándula. Allá se ora con intenso fervor y con alta fe; pero no se toman los templos como puntos adecuados para lucir vestidos costosos y sombreros súper adornados. Allá hay más espíritu republicano, mayor democracia en las costumbres y más amplio espíritu igualitario y fraternalizante en las conciencias. Allá no hay «excelentísimos señores» ni

marqueses ni condes ni condenables factores aristocratizantes así. Allá, sobre tales enunciados hay este dilema: ¿Se es marqués? Pues no se es cubano. ¿Se es cubano? Pues no se es marqués. Allá no se puede hacer a pelo y a pluma. Allá hay que definirse o lo definen a uno. Allá la especie camaleónica apta para ostentar siempre el color que impera y priva no goza de respeto ni de ascendencia en la sociedad.

La primera mujer que ejerció de abogado fiscal en una Audiencia o alto tribunal de Justicia fue la Srta. Esperanza Quesada y Villalón, oriental, en la Audiencia de Oriente. La primera, repetimos, no sólo en Cuba sino en todos los países latinos. Abogadas había muchas. Ésta fue abogado fiscal nombrada por el Presidente de la República, que, como identificado con las sanas orientaciones nórdicas, al fin, no cree que sólo en planchar y guisar debe emplearse la mujer cubana. Ahora estamos legítimamente orgullosos con la actuación escultórica de la Srta. Bacardí, la primera y más notable escultora de Cuba y de Hispanoamérica, oriental también.

La prensa cubana realiza obra encomiable evidenciando el talento, la pericia y el alto valor de tan distinguida y talentosa señorita. Con ello, no sólo rinde, un justo homenaje al mérito, sino que propicia y estimula aptitudes ignoradas o desapercibidas.

Los triunfos de la Srta. Bacardí no me sorprenden. Recuerdo que el 3 de abril de 1914, en la noche, encontrándome en el palco que en el teatro «Oriente» está destinado al popular y patriota diario local llamado «El Cubano Libre», oí a mis entusiastas amigos, cumplidos elogios acerca de la labor de la Srta. Bacardí.

Mi fidelísima memoria me permite recordar que Don Emilio, el austero y talentoso señor padre de la escultora a que me contraigo, nos refería al eminente letrado señor Bravo Correoso y a mí, sus trabajos en Egipto y sus luchas por conseguir una momia afamada que trajo de

regalo al Ayuntamiento de Santiago, su querida ciudad natal. En largos viajes hechos a distintos lugares del viejo y del nuevo continente, el señor Bacardí y Moreau, reverenciable patriota, eminente publicista ex-senador y caballero altruista e intachable, hízose acompañar por su distinguida e inteligente familia, entre la cual, su ejemplar y digna señora esposa, tan abnegada y tan consagrada a la causa de la libertad de Cuba, brilla por su cultura y capacidad.

¿Qué mucho, pues, que, con todos estos antecedentes, la Srta. Bacardí haya alcanzado el grado de perfección en su arte que merecidamente se le reconoce? La educación y la herencia, las grandes fuerzas básicas que Guyau asigna a los individuos, no pueden ser mejores y más notables. Fundamentalmente podemos esperar que la comarca que produjo a Heredia (el primer poeta) y a Saco (el primer historiador de Cuba) aumente la esclarecida fama que posee en la que le proporcionen las obras de la talentosísima oriental, Srta. Bacardí, a que tenemos el honor de contraernos.

Acaso, así como hoy nos extasiamos ante el «Heracles» de Fidias, el «Hermes» de Praxíteles, el «San Marcos» de Donatello, el «Baco» de

Samsovino, el «Moisés» de Miguel Ángel y el «Mercurio Volante» de Juan de Bolonia, la posteridad pueda admirarse de esculturas de nuestra admirable compatriota, que, bien pudieran ser Antonio Maceo, Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera y otros orientales no menos recordables que, para enseñanza de las futuras generaciones cubanas, merecen ser cantados por Tirteos e inmortalizados por Buonarrotti. En tanto, convengamos una vez más en que de Oriente viene la luz y que:

«Cada país en la tierra
tiene un rasgo prominente».

Las características, las orientaciones de Oriente son la energía y el amor al progreso. Las comarcas habitadas por abúlicos e incapaces de vencer, deben tomar nota.

La Habana, octubre de 1917.

JOSÉ MUÑIZ VERGARA, EL CAPITÁN NEMO

ISABEL HERNÁNDEZ RIVAS

Se casó con Adalberto Afonso Echevarría el 11 de agosto de 1972 en Ciego de Ávila. En 1994 emigraron a Venezuela. Tras el fallecimiento de su esposo en Canarias, ha preparado la edición de sus obras completas: *Mis investigaciones... y algo más. Obras completas de Adalberto Alfonso Fernández* (3 tomos, EE.UU, 2011).

A partir de notas biográficas tomadas de documentos del doctor Adalberto Afonso Fernández (Ciego de Ávila, Cuba, 1941-Islas Canarias, 2005). Nota publicada originalmente como presentación a obras de Muñiz Vergara, en la compilación de las obras de Adalberto (*Mis investigaciones... y algo más. Obras completas de Adalberto Afonso Fernández*, EE.UU, 2011) que ha preparado su viuda y albacea.

José Muñiz Vergara nació en Guadalupe, barrio antiguo de Morón, el 27 de octubre de 1875 y fue bautizado en Ciego de Ávila. Sus amigos le llamaban Pepe Muñiz. Su madre se llamó Doña Juana Vergara Pereira y su padre fue Bernardo Muñiz Suárez, asturiano, el cual no conoció. Muñiz Vergara fue empleado en un establecimiento de ropas y víveres en Morón, hasta que pudo establecerse por su cuenta, allí prosperó, económicamente. Fundó una admirable tienda-mixta con el nombre de El Orden y a su lado una buena panadería, sita en Martí y Agramonte. El Orden estaba abastecido con víveres finísimos y ropas de primera. Tenía por su frente como 80 metros, incluyendo la vivienda particular donde residía con su buena madre Doña Juana. Nota singular son las siguientes rimas de la inspiración de Muñiz, que cierta vez, él puso en un cartel a la entrada de su establecimiento comercial:

*¡Qué triste consternación
para uno que está atareado,
que venga un desocupado
a darle conversación!*

Era Muñiz un hombre especial, de carácter placentero, tal vez algo excéntrico, muy modesto en su trato, siempre respetuoso, tolerante con todo, no discutía con frecuencia. Constitución atlética, medía unos seis pies. Fue un autodidacta de vastísimos y variados conocimientos. Pablo de la Torriente Brau, buen amigo suyo, destacó la enciclopédica cultura y las excelentes cualidades morales de Muñiz Vergara en sus artículos «Mella, Rubén y Machado» y «Chicola». Fue miembro de la Logia Masónica «América» desde febrero de 1919 y obtuvo el grado de Maestro Masón.

Marchó a La Habana y allí adquirió renombre y se hizo famoso por su erudición. En diciembre de 1938, su dirección era: San Lázaro 703, Lawton y su Telef X-3709.

Como periodista, José Muñiz Vergara hizo célebre en todo el país su seudónimo «El Capitán Nemo». Escribió en casi todos los periódicos habaneros y del interior del país, con su inconfundible e inimitable estilo recargado de erudición. En 1915, publicó su libro *Campicursiones*, con foto suya, y de 1934 a 1936, en La Habana, fundó y fue director del periódico *El Guamo*. Por esta época, fue llevado a La Cabaña y después a la cárcel, junto con otros veteranos y patriotas por orden del presidente Alfredo Zayas, por oponerse a una ley promulgada por éste, que prohibía que se abriesen más puertos en Cuba. En uno de sus artículos de *El Guamo*, Muñiz Vergara se pronuncia así del presidente Zayas: «...tenido por manso e inofensivo, especie de Buda vivo en el sentir de los coribantes que le santifican sencilla y únicamente porque “no mató a nadie”, según dicen, entendiendo en su indignidad infinita, que debía agradecersele que permitiera pensar, hablar, escribir, vivir».

El último ejemplar del periódico *El Guamo*, «Órgano de opinión republicana y democrática», que encontró Adalberto Afonso Fernández

en la Biblioteca Nacional, en la Habana, es de fecha 4 de septiembre de 1936. Dirección y Administración: Industria 6, 1er Piso, Habana. Director propietario: José Muñiz Vergara. Año I, No. 1: 23 de noviembre de 1934.

Al final de su vida, José Muñiz Vergara vivía en la calle Lugareño, 15, Almendares, La Habana. Falleció de un tumor del mediastino en el Instituto Clínico de esta ciudad, a las 10:55 a.m de 10 de septiembre de 1945. Fue sepultado, al día siguiente, en el Cementerio de Colón, en el cuartel sudeste, cuadro cinco, zona de segunda, bóveda de José Muñiz... Su tumba, de mármol gris, llevaba en la tapa la inscripción del fallecimiento de su madre, Juana Vergara en junio de 1934 y decía: CLAUSURADA. A los pies estaban dibujadas dos anclas en cruz.

Su primer testamento (Tomo 18, folio 158, Asiento 4858) fue abierto en La Habana, el 15 de septiembre de 1942 ante el Dr. José M. Suárez y Fernández; y el segundo (Tomo 19, folio 112, Asiento 5284), el 10 de julio de 1945 en la Salud, también en La Habana, ante el Dr. Teodoro A. Fernández y Pérez de Alejo. Donó su abundante biblioteca y su riquísimo archivo a la ciudad de Ciego de Ávila, para que en la misma se creara una biblioteca pública. Ésta fue la primera que tuvo esta ciudad, frente al parque Martí, en la calle Libertad, entre Honorato Castillo y Marcial Gómez, la cual ocupó el mismo local hasta su traslado para el antiguo Club Atlético, en 1962. La biblioteca municipal «José Muñiz Vergara» se inauguró el 24 de febrero de 1947 con sólo 2 000 libros, yendo a parar a no se sabe dónde, el grueso de la biblioteca personal de Muñiz Vergara, con cientos de valiosísimos ejemplares, así como su archivo, lamentablemente perdido. ●



RAÍZ AL COEULO



TERESITA, CAPULLITO EN FLOR, MI CORAZÓN TE QUIERE MUCHO, MUCHÍSIMO TE QUIERO YO...

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966)

Un vacío difícil de llenar se ha abierto en la patria de la infancia. Ha muerto Teresita Fernández. La trovadora sui generis, de energía y fuerza telúricas, de generosidad sin límites. *Avis rara* en un mundo de egoísmos y mercadeo. Ha muerto quien alumbró con sus cantos la niñez de varias generaciones. Mi generación, entre otras. Ya no está para arroparnos quien invitaba siempre a ser feliz aún en la adversidad y la pobreza, y no lo dudemos: en medio de tanto lenguaje procaz y sonoridades raquílicas, de las que se «vanagloria» gran parte de la música cubana contemporánea, su ausencia no será fácil de cubrir.

Crecí en el barrio marginal de Cincha Coja, pobre, y quizás fui mejor persona porque tres símbolos me ayudaron a mantener encendida la luz de la esperanza: un padre melancólico y sabio, lleno de dudas; un almendro machorro en el patio grande y sin cerca, sembrado por mi abuelo; y las canciones de Teresita. Tintines sencillos como la lluvia hablando de la pobreza que conocía bien y no preocupaba tanto porque había mucho amor. Por ese patio y bajo un puente de madera quejumbrosa me acompañaron en mis fantasías los protagonistas de su trova, personajes minúsculos, feos, «poca cosa» como el nombre de mi barrio, pero tan llenos de savia, tan ricos en su insignificancia, tan perdurables en sus historias de vida que celebran la dignidad, la grandeza de lo pequeño, la amistad y el espíritu.

Cuando llegaba de la escuela nunca estuve sola, me invitaban a tomarme de la mano —como la ronda de Gabriela Mistral que sentidamente musicalizó—, un pobre grillito con catarro y sin un jarro para tomar café; Vicaria, la lechucita que sale al amanecer; Rani, una ranita poeta que escribía poemas en hojas de violetas, enamorada de un sapo feo que para colmo se chupaba el dedo —bueno, Rani era yo misma—; Pitusa, pedacito de zanahoria; Eusebio, pastillita de cho-

colate; Vinagrito, gatico de algodón, flaquito y muerto de hambre; el zunzucito que vuela de flor en flor. Elementos mínimos, habituales, pobreza irradiante sembrada en la palangana vieja de la gente común, vidas anónimas que al decir de Borges «están salvando el mundo».

Cuánta estirpe martiana hay en estas canciones rasgadas en tu guitarra viva y sola, trashumante Teresita que también bebiste en lo mejor de la trova cubana tradicional, y fuiste inspiración y maestra de una generación de trovadores que no ha tenido parigual, la de Silvio, Pablo, Noel, Sara, Santiago... Te debemos no solo tu música para niños, juguetona, humilde y que invita a todos a pensar; letras cuya profundidad se torna símbolo y emerge desde una sencillez que desarma las falsas poses intelectuales, cordajes de sabiduría ancestral cargados de vigencia en un mundo que pide a gritos la recuperación de la poesía primigenia que nutre lo mejor de la humanidad; te debemos también tu actitud existencial, tu austera vida apegada a lo espontáneo y natural, un raro estilo franciscano.

Ha muerto Teresita, y hay una deuda perenne con aquella mujer entrañable, de voz única, que entregaba a los menesterosos el dinero ganado con su música, como si no fuera poco ya la frescura que dejaba en el aire cuando se sentaba a cantar acompañada de un tabaco casero, una fresca tisana y su vieja guitarra en cualquier rincón rodeada de pueblo. Mi Teresita nuestra, «niña de cristal azul» que nos hizo «el corazón feliz, feliz, feliz»... Pobres niños de la Cuba de hoy y mañana si no llegaron a conocerte. ●



LO FEO

Letra y música: TERESITA FERNÁNDEZ

En una palangana vieja
sembré violetas para ti.
En una palangana vieja
sembré violetas para ti
y estando cerca del río
con un caracol vacío
cogí un lucero para ti.

En una botella rota
guardé un cocuyo para ti,
en una botella rota
guardé un cocuyo para ti
y en una cerca sin brillo
se enredaba el coralillo,
se enredaba el coralillo
floreciendo para ti.

Alita de cucaracha
llevada hasta el hormiguero,
alita de cucaracha
llevada hasta el hormiguero,

así quiero que en mi muerte,
así quiero que en mi muerte,
así quiero que en mi muerte
me lleven al cementerio.

Basurero, basurero
que nadie quiere mirar,
basurero, basurero
que nadie quiere mirar,
pero si sale la luna,
pero si sale la luna,
pero si sale la luna
tus latas van a brillar.

A las cosas que son feas
ponles un poco de amor,
a las cosas que son feas
ponles un poco de amor
y verás que la tristeza,
y verás que la tristeza,
y verás que la tristeza
va cambiando de color.



JARDINES INVERTIBLES



POESÍA

PABLO DÍAZ

(Finca Las Lometas, Tamarindo, 1926). Siendo un niño aún, tuvo que iniciarse en las labores del campo para ayudar a su familia. Aprendió a escribir décimas de sólo oír a otros poetas cantar o improvisar. Fundador del primer Taller de Decimistas del país, en Tamarindo, en 1968. Miembro fundador de la filial de la UNEAC en Ciego de Ávila (1987). Ganó el Encuentro Nacional de Talleres Literarios en 1975. Publicó la plaquette Remembranzas (Ed. Ávila, 1991). En Buen tiempo para sembrar (Ed. Ávila, 2004), con selección y prólogo de Ileana Álvarez, se compila su obra de más de cuarenta años. Ha publicado los libros de décimas Tan serio como una tusa (Ed. Ávila, 2009), donde recoge sus versos jocosos, y Tengo en la manigua un pie (Ed. Ávila, 2013).

Poesía lírica y cantos a la naturaleza

MI VIEJA CAÑADA

Muy cerca de mi morada,
como serpiente inmutable,
en un viaje interminable
corre mi vieja cañada.
Su linfa precipitada
golpea las serpentinas,
y entre las alabastrinas
espumas de la corriente
se columpian suavemente
las azules clavellinas.

En mi niñez jubiloso
cruzaba en veloz carrera,
en mi corcel de madera
por entre el vado arenoso.
Aquel rumor bullicioso



se me perdió en la distancia;
y en esa inútil infancia
de olvidado campesino,
iba trillando el camino
oscuro de mi ignorancia.

Bajo la verde yamagua
me preservé de los soles;
y recogí caracoles
entre la arena y el agua.
Sobre el lomo de una yagua,
me deslizaba ligero
por el barranco altanero
donde está la güira seca,
y también la palma hueca
donde anidó el carpintero.

Cuando la lluvia estridente
a torrenciales caía,
cómo yo me entretenía

contemplando la creciente.
Desde un lugar conveniente
iba observándolo todo:
el agua revuelta en lodo
y las hojas desprendidas
que se quedaban dormidas
en la quietud del recodo.

Y si un nido deformado
sobre los copos veía,
fácilmente me subía
por el guamá jorobado.
Corrí gran riesgo trepado
tras de la fruta madura.
Y cuando en esa aventura
a las nubes me acercaba,
como el cóndor desafiaba
el vértigo de la altura.

Qué poeta no diría,
por tus vados al cruzar,
que en tu rumor secular
no hay música y poesía.
Por eso, cuando yo un día,
descienda por los arcanos,
que me entierren mis hermanos
bajo tus altas palmeras
para abonar tus riveras
con mis despojos humanos.

INFANCIA

Yo recorrí los caminos
en tiempos ya muy remotos,
con los mismos sueños rotos
de otros niños campesinos.
En los recodos vecinos
corté maleza y caguazo,
y conocí del planazo

del guardia y del policía,
cuando el viento me quería
desnudar a campo raso.
Después de sembrar tabaco,
mi pequeña anatomía
fácilmente se mecía
en un columpio de saco.
Anunciaba un cielo opaco
la vuelta del temporal.
Y en esas noches de sal,
aunque era un niño pequeño,
se iba gastando mi sueño
entre paral y paral.

Arando la tierra seca,
estéril y desvelada,
le colgué a la madrugada
un farol y una caneca.
Al pie de la ceiba hueca
me daba a la surquería



y siempre sobrecumplía,
de mi parte, los encargos
de escribir cien surcos largos
sin faltas de ortografía.

CANCIÓN PARA EL ATARDECER

Una paloma ligera
vuela sobre la montaña,
y exhibe el campo de caña
su verdor de primavera.
El resto de la pradera
se cubre de canutillo,
y el sol, cuando pierde el brillo
en la tarde agonizante,
es un viejo caminante
con un vestuario amarillo.

En el ramaje tupido
hay solfeos de guitarra

cuando emite la cigarra
su concierto repetido.
Un largo majá dormido
parece el camino real,
y detrás del cafetal,
cerca de un hato pequeño,
acuesta un gallo su sueño
sobre un lecho vertical.

Mientras las palmas erguidas
emiten sus verdes quejas,
cubre un sudario de abejas
las guardarrayas floridas.
Cabalgan hojas dormidas
sobre corceles de espumas,
y cerca de las yagrumas
un zunzún hecho temblor
semeja un ventilador
con pico, patas y plumas.



Y cuando se antoja el día
marcharse de los potreros,
el aire por los aleros
estira su mano fría.

El hambre de la jutía
la fruta en el gajo muerde,
y allá donde se me pierde
la silueta de una nube,
parece que el monte sube
por una escalera verde.

Después salen de las grutas
los insectos más huyuyos,
cuando encienden los cocuyos
sus linternas diminutas.

Las sombras cubren las rutas
llevando grises vestidos.

En los cauces relucidos
canta más el arroyuelo,

y exhibe la piel del cielo
sus lunares encendidos.

ANSIEDAD

Realidad y fantasía
emprenden el mismo vuelo
ahora que está nuestro suelo
sediento de poesía.

Ahora que nos llega el día
con nuevas tonalidades,
pues bajo las tempestades
que rugen en el planeta
no debe ningún poeta
ocultar sus ansiedades.

Esta ansiedad de cantar
a las flores del camino
y escuchar un nuevo trino

del sinsonte en el palmar.
Esta ansiedad de soñar
con la altura de la aurora,
y que me diga: ya es hora
de sembrar este barbecho
para llevar en el pecho
una guitarra sonora.

Qué ansiedad, qué loco afán
de frenar a cada instante
el poder aniquilante
del rayo y del huracán.
Ansiedad de dar el pan
a quien vive en agonía;
ansias de que llegue el día
para encontrar lo que pierdo,
y en los surcos del recuerdo
renacer la poesía.

Ansiedad de ver las olas
donde no existe la mar,

ver a mi amada pasar
con un collar de amapolas.
Qué místicas aureolas
le pondré como extravío,
qué ansiedad, qué desvarío
ver a la mujer aquella,
que fui una tarde con ella
a ver las flores del río.

Ver la estrella solitaria
con un rastro rutilante,
y ver el fruto abundante
de mi tierra hospitalaria.
Ver la mano libertaria
que va rompiendo cerrojos,
ver perfumados manojos
de rosas en primavera,
y ver a una jardinera
sembrando claveles rojos.

Ansiedad de ver en ti
la azucena y la violeta;
y al callar, ver a un poeta
que cante dentro de mí.
Si con el verso te herí,
me llamaré malhechor;
ansiedad de que un rumor
me diga desde el pasado
que soy un enamorado
del silencio y del amor.

UN ÁNGEL QUE SE HA DORMIDO

Enero me trajo el luto
y el llanto que nadie calla
y soy en esta batalla
el perdedor absoluto.
En el marco de un minuto
un reloj se ha detenido;
y en un tiempo sin olvido

voy caminando al azar,
sólo para despertar
a un ángel que se ha dormido.

Si supieras, hijo mío,
que no puedo imaginar
lo triste que es caminar
en un mundo tan vacío.
La soledad y el hastío
acrecientan mi amargura,
y después de la ruptura
de tu sangre y de tu pecho,
soy un esclavo maltrecho
de cuidar tu sepultura.

Sueño que vuelve tu mano
desde un lugar diferente
a poner sobre mi frente
todo el calor del verano.
Te siento llegar en vano



cuando mi pecho delira,
y que tu pulmón respira
igual que el de un hombre fuerte,
pero supe que la muerte
me ha contado una mentira.

Te escucho llegar a prisa
en las montañas de frío
con el empeño baldío
de arrojarte en mi camisa.
Miro la dulce sonrisa
de una novia que te espera;
por esa razón quisiera
permanecer a tu lado
hasta verte liberado
de tu cárcel de madera.

Desde aquella desunión,
tan inesperadamente,
no ha dejado una serpiente

de morderme el corazón.
Con esa separación
comenzó mi senectud,
y hoy te espero en la quietud,
de los recuerdos en pos
cuando quepamos los dos
dentro del mismo ataúd.

Con tu muerte comprendí
que es necesario ser fuerte
para mimarte y quererte
sin decir que te perdí.
Voy caminando hacia ti
mientras mis ánimos puedan,
y como mis sueños ruedan
rotos en un mundo aparte,
solo puedo regalarte
las lágrimas que me quedan.

Poesía humorística y crónica social

COSAS DE ISLEÑOS

«¡Qué calor!», dijo Severo,
y le contestó Homobono:
«Es que la capa de ozono
tiene abierto un agujero».
Y el isleño Juan Romero,
que estaba estudiando un mapa,
dijo: «Si en cualquier etapa
sigue este calor tremendo,
pues que le sigan abriendo
agujeros a la capa».

Al isleño Juan Estrada
se le murió un buey un día,
y en este tiempo tenía
la mujer embarazada.
Como nunca supo nada

de la justicia y la ley,
dijo al lado de un Jagüey
rascándose el carapacho:
«Si el hijo me sale macho,
lo voy a dejar pa' buey».

EL TUERTO QUE ME ROBÓ LA BICICLETA

Anoche un tuerto ladrón
me robó la bicicleta;
le tiré con la escopeta
como única solución.
Salió por un callejón
corriendo a más no poder.
Qué manera de correr
el tuerto entre los matojos;
si llega a tener dos ojos
me lleva hasta la mujer.

CONSUELO ESTÁ MOLESTA

Se me rompió el calzoncillo
cuando brinqué el cañadón
y le puse al pantalón
un remiendo en el fondillo.
Se murió el gallo amarillo
que tan saludable estaba
y Consuelo está muy brava
—no sé si te lo contó—
porque un ladrón le llevó
el blúmer que le quedaba.

ANGUSTIAS PECUNARIAS

Por la situación precaria
que en mis bolsillos impera
dos añojos de primera
vendí a la Empresa Pecuaria.
Con esta pobreza diaria

nadie vendrá a darme un teque,
y ahora me dicen que el cheque
vendrá el año venidero
y yo no tengo dinero
ni para comprarme un queque.

HABLAR MENOS

Pienso que en las reuniones
que se dan tan repetidas
habrá que tomar medidas
con los discursos cansones.
Dan muy malas impresiones
y a cualquiera vuelven loco
y según ha dicho Coco,
el primo hermano de Chucho,
aquí se conversa mucho
pero se trabaja poco.

CIRUGÍA PLÁSTICA

La señora Encarnación
salió de su pueblo un día
y se hizo la cirugía
plástica allá en el Japón.
Regresó de esta región
preocupada totalmente,
y le decía a su gente:
«Lo que tengo es un castigo
porque me quedó el ombligo
en el medio de la frente».

LA SUBIDERA

Subió el frijol, subió el ajo
y todo se ve subir
y el pueblo empieza a decir
«La col está del carajo».
Subió el precio del guanajo,

subió la cerveza, el ron,
subió la pasta, el jabón,
y con tanta subidera
no es extraño que a cualquiera
se le suba la presión.

LAS COSAS QUE YO NO HE VISTO

No he visto en la sepultura
de un muerto dar una fiesta,
ni he visto gente dispuesta
para ir a la agricultura.
No he visto vivir a un cura
en una casa de yagua;
no he visto correr el agua
en contra de la pendiente,
y no he visto a un dirigente
hacer cola pa' la guagua.

No he visto ningún lugar
en Cuba donde no roben,
ni he visto a un muchacho
joven
con ganas de trabajar.

No he visto secarse el mar
y formarse un lagunato;
no he visto un perro y un
gato
darse un beso en el hocico,
y no he visto a un merolico
vendiendo jabón barato.

No he visto una tarde sola
que no llegue a oscurecer,
ni a nadie que quiera ser
el último en una cola.
Yo no vi matar a Lola
a las tres, y eso me alegra;
tampoco he visto a mi suegra
subir al Pico Turquino,

y no he visto a un campesino
que no venda en bolsa negra.





ÁRBOL INVERTIDO / arbolinvertido@gmail.com

